

El sendero de la vida para toda la humanidad

por Hak Ja Han Moon

Distinguidos invitados, damas y caballeros, me siento profundamente agradecida por el hecho de que hayan tomado tiempo de sus apretadas agendas para ayudarme a lograr que esta reunión sea un gran éxito. Me gustaría hablar sobre "el sendero de la vida para toda la humanidad".

Hoy en día el mundo se encuentra perdido en una gran confusión y está pidiendo ayuda desesperadamente. Nos enfrentamos a un conflicto continuo como individuos, en nuestras familias, en nuestras naciones y en el mundo. Como individuos, nos enfrentamos a un torbellino interior entre nuestra mente y nuestro cuerpo. Nuestras familias son víctimas de la plaga de la decadencia moral de nuestros jóvenes y la ruptura de las tradiciones familiares. Disputas históricas conducen a nuestras naciones a la desconfianza mutua e incluso a la guerra, avivando el fuego de la inseguridad y la desesperanza en el mundo. La solución a todos estos problemas descansa en experimentar una relación de amor ideal con Dios.

A lo largo de la historia, la humanidad ha intentado dar respuesta a la pregunta más esencial: ¿Para qué hemos nacido? Unos llegan a la conclusión de que han nacido para su país. Otros deciden que han nacido para sus padres. Otros creen que han nacido para sí mismos. Los hombres de fe, en cambio, creen que han nacido para Dios.

Sin embargo, no es suficiente con decir que Dios creó el universo para el beneficio del ser humano o, incluso, para Sí mismo. La creación de la humanidad implicó la cooperación de muchos seres y elementos. Aunque cada uno de ellos tenía su propósito particular inherente, tuvieron que coordinarse para poder dar marcha al proceso creativo. Tuvieron que ser coherentes tanto el propósito de Dios al crear, como el propósito del ángel al ayudarlo, el propósito de la naturaleza al proveer los materiales, e incluso, el propósito mismo del hombre de ser creado. Cada uno de estos propósitos debía ser realizado. Tenía que haber un elemento común que fuera bueno para Dios, los ángeles, el resto de la creación y también los seres humanos.

Este elemento común debe ser algo que, cuanto más se posea, más felicidad y alegría se experimente. Debe ser algo que, una vez poseído, nunca lo dejemos marchar. No puede ser algo de una naturaleza externa. Debe ser algo interno e invisible. Cosas tales como el conocimiento, el dinero y el poder son meramente condiciones colaterales necesarias en la vida de las personas, pero no hemos venido a este mundo con el propósito de poseerlos. Tales cosas externas existen en una relación recíproca con la humanidad, pero sólo temporalmente, no eternamente.

Dios no necesita dinero. Si el Dios Todopoderoso necesitara dinero, podría haber creado tanto como hubiera querido. También sabemos que Dios es la fuente de todo conocimiento, ya que es Él quien ha creado el universo mediante principios y leyes. Además, Dios, como Creador, es el sujeto de todo poder, por tanto no tiene necesidad de ansiar más poder.

¿Cuál puede ser entonces este elemento común? Es algo que no puede alcanzarse solamente con el esfuerzo humano ya que éste no puede controlar el origen fundamental de la vida. Este elemento debe ser capaz de dirigir la motivación, el curso e, incluso, el destino final de la vida de cada persona.

Desde este punto de vista, este elemento común no puede ser otro que el verdadero amor. Los seres humanos nacen debido al amor y están destinados a seguir el sendero del amor. Los seres humanos pueden hasta morir por amor. Esto muestra que el amor es más valioso que la vida misma. El amor es, incluso, anterior a la vida. Por esta razón la gente ofrece voluntariamente su vida por amor.

El amor es eterno. Cuando los seres humanos alcanzan el estado de conciencia que les capacita para amar el universo, todas las puertas del universo se abren ante ellos. Por ejemplo, yo soy alguien pequeño ocupando este pequeño espacio, pero centrada en el amor, puedo tener una relación recíproca con un ser de cualquier tamaño o magnitud. Aunque Dios es un ser extremadamente grande, gracias al poder del amor, puedo elevarme a una posición recíproca a la del Dios Absoluto. Esto es posible porque el amor es un atributo de Dios.

Por tanto, una persona que reconoce y guarda el mandamiento divino del amor puede sentirse libre en cualquier parte del universo. El individuo, llamado por Dios para representar a toda la humanidad centrada en ese amor cósmico, es el Mesías. Jesús es ese representante. Jamás podremos encontrar este amor cósmico si no vamos a través del Mesías. Es razonable, por tanto, que toda la gente de la tierra tenga que seguir al Mesías. Jesús dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Juan 14:6). El significado de este versículo sería más claro si se le añadiera la palabra amor: "Yo soy el camino, la verdad, la vida y el amor. Nadie va al Padre, sino por mí".

Padres e hijos

El Principio Divino de la Iglesia de Unificación enseña que la energía se produce cuando se unen el sujeto y el objeto. En una familia, los padres tienen el papel de sujeto y los hijos, el de objeto. Cuando mantienen una relación recíproca de amor forman una entidad: una verdadera familia. Esta unidad forma entonces un nuevo objeto capaz de unirse con un sujeto más grande. Cuando Dios es ese sujeto, la unidad formada por los padres y los hijos puede unirse a El. Podemos decir también que cuando una relación perfecta sujeto-objeto se establece con Dios, centrada en Su ideal de amor, Dios y la humanidad pueden existir en una unidad total. Cuando ese mundo de amor entre Dios y la humanidad llegue a ser una realidad, la luz del amor brillará por todo el universo tan fuerte y constante como la del sol.

Cada persona no es sólo una entidad viva, resultado de las vidas de los padres enlazadas en una sola, sino que además, participa del amor de los padres. Vivimos unidos a su amor. Y además, somos uno con sus ideales, incluyendo la felicidad y la paz.

Todos estamos unidos a nuestros padres por un lazo de vida, de amor y de ideales, y nadie puede romper estos lazos. Ni siquiera Dios ni el universo pueden romperlos. De hecho, todas las fuerzas del universo trabajan agrupadas para salvaguardar estos lazos. La razón estriba en que los padres son la causa y los hijos el resultado. Padres e hijos son uno centrados en el amor. Causa y efecto se unen para crear un reino substancial de amor. Este es un principio del universo.

Las tres etapas de la vida

Todos venimos a este mundo gracias a tres tipos de padres. Nuestro primer padre es el mundo material. Los elementos de este mundo material se combinan para que cada persona sea el centro del mundo material y un complejo ser material. Podría decirse, por tanto, que estos elementos físicos son antepasados que nos han dado la vida. Por otro lado, el mundo material es una extensión de nosotros mismos. El universo ha sido creado para que la materia pueda asentarse solamente en el ideal del amor. Sólo en el ideal del amor cada célula puede vivir en tranquilidad. Pero todo esto se viene abajo cuando nos enojamos.

Nuestros segundos padres son nuestros padres biológicos. Al darnos nacimiento, nuestros padres nos han dado una forma particular y, hasta cierto punto, son los dueños de nuestras vidas. Sin embargo, por mucho que lo intenten, los padres no pueden ser los dueños de nuestro amor.

El dueño del amor es Dios. En este contexto, Dios existe para que el amor se expanda al universo entero y sea eterno. Ya que Dios es el sujeto del amor, llega a ser un padre centrado en el amor. Dios es nuestro tercer padre. Por eso tenemos tres tipos de padres.

La vida humana puede ser dividida en tres periodos: la vida en el vientre de la madre por unos diez meses, la vida física de unos cien años y la vida en el mundo espiritual que abarca miles de años, perdiéndose en la eternidad.

Si nos fijamos en el rostro humano, podemos distinguir tres elementos básicos: la boca, la nariz y los ojos, que reflejan los tres periodos de nuestra vida. La boca simboliza el periodo en el vientre, que es un mundo material. La nariz simboliza el periodo en la tierra, que es el mundo de la humanidad. Los ojos simbolizan el periodo en el Cielo, que es el mundo espiritual.

Para el feto, el mundo acuático del vientre de su madre es un mundo de libertad total. Lo interesante es que, aunque los confines del vientre son limitados, el feto se siente completamente libre. En el vientre, el

feto no puede estirar las piernas todo lo que quisiera, y depende del cordón umbilical para respirar y recibir los alimentos para subsistir, ya que su nariz y boca no realizan ninguna función en ese mundo. A pesar de esto, para el feto, el mundo en el vientre es de completa libertad.

Nada más nacer, el bebé empieza a llorar. Al mismo tiempo empieza a respirar mediante la nariz y se relaciona con el segundo mundo, el mundo del aire.

Al abandonar el vientre para entrar en el mundo del aire, el cordón umbilical del bebé, así como el líquido amniótico y todo lo necesario en el mundo del vientre, desaparecen. Con la muerte de ese mundo, el bebé nace en el regazo de una nueva madre: el planeta Tierra. Después del nacimiento, el bebé empieza a alimentarse con su propia boca y respirar con su nariz. La comida que comemos en la tierra alimenta nuestros cuerpos físicos, pero no contiene el elemento esencial de la vida. Este elemento esencial no es otro que el amor. Por tanto, mientras estamos en este mundo, también necesitamos respirar el aire del amor. Necesitamos inhalar el aire del amor de nuestro padre y nuestra madre.

Creciendo en amor

Un recién nacido instintivamente busca el pecho de su madre, siguiendo las vibraciones de su amor. Para el bebé no importa si su madre es hermosa o fea. Lo único que importa es que ella es su madre. Es una escena sagrada que se manifiesta en una variedad sin límites. Nacemos en amor y crecemos recibiendo amor.

Después de nacer, nuestros padres se hacen responsables de que seamos buenas personas durante nuestra vida en la tierra. Nuestros padres actúan en representación del mundo, de la nación y de la familia para enseñarnos y cuidarnos. Recibimos educación y cosas materiales de nuestros padres para que seamos individuos completos. Sobre esta base, construiremos el fundamento horizontal del amor que es el matrimonio.

Los padres se hacen responsables por nosotros hasta que nos casamos. En el matrimonio, heredamos el amor que nuestro padre y nuestra madre han compartido. Cuando nos casamos y empezamos a cuidar a nuestros propios hijos, empezamos a comprender cuánto nuestros padres nos han amado y, entonces, llegamos a heredar el amor paternal. De esta manera, el individuo aprende a dar y recibir amor completamente. Así maduramos como hombres y mujeres completos.

Nacemos y maduramos con el amor vertical de nuestros padres y, más tarde, nos comprometemos con el amor horizontal. Esta es la única manera de que encontremos el reino íntegro del amor. Cielo y tierra, juntos, forman un mundo esférico que abarca todas las dimensiones: arriba y abajo, derecha e izquierda, delante y detrás. Una vez que las relaciones de amor vertical y horizontal se enlazan, entonces, interactúan, giran, se integran y, finalmente, forman un único centro de armonía. Cuando el amor vertical del cielo y de la tierra está firmemente establecido como un eje, interior y exteriormente, surge la necesidad del amor horizontal. Esto ocurre durante la adolescencia.

Durante la adolescencia, incluso la visión de una hoja mecida por el viento de otoño es algo inspirador. Las adolescentes, que solían ser muy reservadas cuando eran más jóvenes, empiezan a arreglarse el pelo, maquillarse y probarse todo tipo de vestidos y accesorios. Sus inquietudes se hacen mayores. Son fenómenos horizontales del amor.

El sendero de la vida

Cuando un marido y una esposa se aman, están simbólicamente plantando a Dios en la tierra. Los padres representan la posición original de Dios. El marido y la esposa encarnan los diferentes aspectos de Dios. Cada hijo es como un pequeño Dios. Debido a que Dios es la entidad original del verdadero amor, cuando los diversos miembros de la familia se unen al verdadero amor, forman un solo cuerpo con Dios. Los padres, representando a Dios, llegan a ser Su encarnación viviente. Tanto el marido y la esposa como los hijos representan a Dios. Por tanto, tres generaciones, centradas en el verdadero amor, llegan a estar en la posición de Dios.

Por esta razón todos los miembros de la familia: padres, marido y esposa, e hijos, necesitan el verdadero amor. Una familia construida sobre esta base, el verdadero amor, es el fundamento para el Reino de los Cielos. A menos que establezcamos primero tal fundamento, el Reino de los Cielos no podrá ser realizado. Este es el camino. La familia es el centro de todo el universo físico. La gente de hoy en día no se da cuenta de que su familia representa a su país, al mundo y al universo. No saben que su familia es el centro. Romper una familia es un acto de rebeldía contra el país, el mundo y el universo.

Dado que una familia perfecta es el fundamento para un universo perfecto, una persona que ama el universo igual que a su familia puede ir libremente a todas partes. Entonces, Dios, como Padre de todo el universo, se sitúa en la posición central de las múltiples relaciones de amor.

Cuando un hombre y una mujer se unen centrados en el verdadero amor, forman una pareja ideal y construyen una familia ideal. Al hacerlo, llegan a representar a Dios y se conectan con todo en el universo y, entonces, todas las posesiones de Dios les pertenecen. ¡Pensad en lo maravilloso que esto sería! Por esta razón surge espontáneamente el deseo de dominar toda la creación.

Hombres y mujeres se unen en parejas para formar familias, sociedades, naciones y el mundo. Por tanto, la familia centrada en un hombre y una mujer tiene que ser el modelo para el clan. El clan, a cambio, debe ser el modelo para la nación. Las familias deben esforzarse para lograr una familia, clan y nación ideales. Por tanto, hasta que no aparezcan familias ideales, nunca aparecerán naciones ideales.

Dios y mi familia

Distinguidos invitados, la grandeza del verdadero amor es que nos capacita para llegar a ser compañeros de Dios y también permite a Dios encarnarse en nosotros. La Biblia dice que Dios está en nosotros y que Jesús también lo está. Esto es como decir que un padre está en su hijo, un nieto en su abuelo y un abuelo en su nieto.

Los abuelos deben fundir sus corazones centrados en sus nietos. Esto es necesario para que la línea vertical del amor pueda tener un comienzo. También los nietos deben unirse a sus abuelos. Los abuelos están en la misma posición que Dios, por tanto debemos quererles como queremos a Dios. Si no lo hacen así, los nietos no serán capaces de encontrar el eje vertical del amor.

Una vez que este eje se ha formado, podrá tener lugar la expansión horizontal. Lo horizontal puede desarrollarse en todas direcciones, pero lo vertical sólo puede hacerlo en una dirección. Lo horizontal puede ir norte, sur, este y oeste, tiene un campo de acción de 360 grados, pero lo vertical se mueve centrado en un sólo punto y no puede desviarse de él.

Nuestra primera tarea es crear la unidad mente y cuerpo centrada en el amor. Necesitamos saber cómo amar el mundo espiritual, que es el mundo vertical centrado en Dios. Y, si en el futuro surgiera un país central, debemos amar a la humanidad centrados en ese país. Cuando amemos al mundo espiritual y a la humanidad por medio del sacrificio, el servicio y la dedicación, llegaremos a ser, automáticamente, figuras centrales que puedan tener dominio sobre los dos mundos y lleguen a unirlos. Con toda seguridad, Dios morará en ese lugar.

El cosmos se compone del mundo espiritual y del universo físico. El mundo espiritual y el universo anhelan la unificación del cosmos centrada en el verdadero amor. El verdadero amor puede unificar el cosmos. El verdadero amor puede transformar todas las familias en familias ideales y unirlas a todas. Por tanto, podemos concluir que el verdadero amor es lo único que la humanidad necesita absolutamente, tanto en la tierra como en el mundo espiritual.

Nada en este mundo es más valioso que una verdadera persona que posea el verdadero amor. Como el ser más elevado en la creación, el hombre puede estar en una posición recíproca igual a la de Dios. Los seres humanos deberían ser capaces de actuar con mayor rapidez que la electricidad o la luz, que viaja a trescientos mil kilómetros por segundo. Nuestros espíritus son los que hacen tal cosa posible. Lo más rápido en el mundo no son las ondas electromagnéticas.

En el mundo del ideal original de Dios, una persona que ha experimentado el verdadero amor tiene la capacidad y la autoridad para poseer instantáneamente cualquier cosa que Dios quiera.

Las personas debemos experimentar esto durante nuestra vida en la tierra. Podremos elevarnos hasta esa posición cuando el yo espiritual y el físico se unan en el proceso de establecer una relación de amor con Dios, centrada en la verdadera familia. Sentimos el amor de Dios amando a nuestros compatriotas, a la gente del mundo y a la creación. Cada uno de nosotros, independientemente de la nacionalidad, debe desarrollar el corazón que le permita amar a gente de todas las razas. Debemos amar no sólo a los seres humanos sino incluso hasta el más pequeño microorganismo. Este amor tiene que nacer de dentro de forma natural. Cuando florece una flor, su belleza y fragancia surgen naturalmente. El florecer del amor tiene que producirse de la misma manera. La fragancia del amor tiene que llenar el aire de forma natural.

Para hacerlo, necesitamos recibir los nutrientes que hagan posible que florezcan las flores del amor. De la misma manera que las plantas reciben sus nutrientes del terreno y del sol, nosotros los recibimos a través de nuestro cuerpo físico y nuestro yo espiritual. Recibimos elementos de vitalidad mediante nuestro cuerpo físico y elementos espirituales de vida mediante nuestro yo espiritual.

Así llegamos a ser seres preparados completamente para amar y desarrollamos nuestra capacidad para volar a cualquier parte. Cuando lo conseguimos, el sistema solar y todo el universo llegarán a ser el escenario de nuestra actividad.

El Mundo Venidero

Cuando nuestra vida física acaba, pasamos por un segundo nacimiento. Esto es lo que se llama la muerte. El lugar en que nacemos por segunda vez es el mundo espiritual. Vamos al mundo espiritual y, representando a todo el universo, recibimos amor de Dios, nuestro tercer padre. Recibimos un amor ideal. Por eso en el mundo espiritual, la unificación es inevitable.

En el mundo espiritual, respiramos y vivimos centrados en el amor. Como representantes de Dios, hemos nacido por amor, hemos vivido por amor y hemos dado nacimiento a hijos e hijas por amor. Finalmente, llegamos al lugar donde el amor puede descansar y volvemos a Dios para vivir eternamente en Su presencia. En otras palabras, nuestras vidas empiezan en el amor, maduran en el amor y son, finalmente, cosechadas como frutos del amor. Cuando una persona muere, cosecha los frutos de su amor.

Durante nuestra vida, recibimos amor de nuestros padres, compartimos amor con nuestro marido o esposa, y damos amor a nuestros hijos, haciendo fructificar las semillas del amor de Dios sembradas en el mundo interior del corazón. Finalmente, cosechamos este fruto y vamos al mundo venidero. Cuando nos unimos completamente en el amor, llegamos a parecernos a Dios. Si un marido y una esposa trabajan juntos para completar las tres etapas del amor y entonces van al mundo espiritual, vivirán allí como creadores y señores en una relación recíproca con Dios, que es el sujeto eterno. Esto ocurre cuando un marido y su esposa mueren centrados en el amor. Empezamos y terminamos en Dios.

Morir significa que cambiamos de un mundo de tierra, donde gateamos y caminamos, a un mundo donde podemos volar libremente. Pasamos a través de la muerte para ser viajeros cualificados que, con amor, podrán disfrutar de todo el universo. Por eso la muerte es en realidad, un nuevo nacimiento.

El Sufrimiento de Dios

Damas y caballeros, nuestra vida no es algo fácil. Esto es debido a que los seres humanos cayeron. La caída de los antepasados humanos originales no sólo representó el sufrimiento de los seres humanos, sino que también Dios sufrió miserablemente. Por esta razón, nuestras vidas no pueden estar dedicadas sólo al cumplimiento del mundo ideal. Una meta aún más importante, es la de eliminar la pena y la agonía del corazón de Dios que es el origen de toda vida. Por tanto, cuando los seres humanos finalmente consigan la felicidad, Dios también será feliz. Dios y la humanidad han vivido la misma situación en el curso de la historia, añorando la misma meta.

Como consecuencia de perder a Adán y Eva, Dios ha tenido que ir por el camino más difícil, un camino por el que a nadie le gustaría ir. También los seres humanos, han tenido que ir por este destino inevitable fruto de la caída con la esperanza puesta en el día de la salvación.

La esperanza más ferviente de la humanidad, en relación con Dios, es llegar a ser Sus hijos e hijas, ya que no existe una relación más íntima que la de padre e hijo. Hemos nacido gracias a que el amor y la vida de nuestros padres se han unido. Por tanto, nosotros representamos sus ideales. Pero palabras como amor e ideales nunca hacen referencia a una persona sola. La vida no puede crearse por medio de una persona, sino que nace de una relación de amor entre marido y esposa. Por tanto, cuando Dios creó a la humanidad, nos creó para ser compañeros de Su amor, Su vida y Sus ideales. Esto es maravilloso e increíble.

Si yo no existiera, el amor de mis padres no se haría visible. El amor, la vida y los ideales de mis padres existen en relación conmigo. Soy el fruto del amor, la vida y los ideales de mis padres. Por esta razón, la posición de los hijos es la más preciosa.

Si Adán y Eva no hubieran caído, habrían llegado a ser los hijos del linaje directo de Dios y descendientes de Su linaje real. Adán y Eva eran los príncipes que deberían haber heredado el Reino de los Cielos en la tierra y en el mundo espiritual. Al mismo tiempo, debido a que fueron creados como objetos del Dios invisible, que es el sujeto, Adán y Eva eran los seres sustanciales que podían recibir Su amor. Eran manifestaciones sustanciales del Dios invisible.

El privilegio especial de un hijo de Dios es poder decir: "Dios es mío. Todo lo que es Suyo es también mío. Incluso Su amor, Su vida y Sus ideales son míos". Depende de los seres humanos el recuperar este valor asombroso e increíble que era originalmente nuestro.

La Misión del Mesías

Si Dios es el sujeto de amor que existe eternamente, entonces los compañeros recíprocos de Su amor deben existir eternamente. Cuando vivo en unidad con el amor de Dios, Dios llega a encarnarse en mí.

Si Adán y Eva no hubieran caído, sus cuerpos habrían llegado a ser la morada de Dios. Habrían situado a Dios en el centro de sus corazones y llegado a ser seres de amor, vida y linaje que habrían permanecido unidos eternamente mediante el verdadero amor. Si lo hubieran logrado, nuestra mente y nuestro cuerpo no estarían en conflicto hoy en día.

La caída nos hizo herederos de una vida y un linaje malos, centrados en un amor malo. Nacimos de padres falsos. Por tanto, tenemos que reconstruir el linaje. Debemos arrancar ese falso olivo y plantar un olivo verdadero. Para hacerlo, debemos injertarnos en el verdadero olivo, ir por tres generaciones y producir frutos que lleguen a ser el verdadero olivo que represente el estándar original. Sólo entonces los seres humanos caídos serán restaurados a su estado original. En ese momento será cuando se complete la Providencia de la Salvación.

Dios está tratando de que los seres humanos sean hijos de buenos padres, centrados en un amor que esté unido a El. Por esta razón, envía al Mesías a la tierra en la posición de Verdaderos Padres. El Mesías viene para devolver el linaje de toda la humanidad a Dios y establecer el ideal original de la creación.

Antes de querer destacar en el escenario mundial, la humanidad debería haber sobresalido en la familia original de Adán y Eva. Si Adán y Eva hubieran ocupado sus lugares como príncipes del linaje de Dios, habrían llegado a ser los seres más venerados por todos los hombres y mujeres. Ellos, sin embargo, cayeron y perdieron las posiciones a las que tenían derecho como hijos mayores y príncipes herederos. Esta tragedia se ha mantenido a lo largo de la historia humana. Por esta razón, la humanidad ha ido por el sendero de la vida buscando la posición de hijo mayor para poder recuperar el verdadero amor de Dios.

Si hemos de recibir Su verdadero amor, no podemos vivir egoístamente, centrados en nosotros mismos. Por el contrario, debemos vivir por Dios y por la humanidad como nuestros hermanos y hermanas. Cuanta más sangre y lágrimas derrame una persona por sus hermanos y hermanas en lugar de sus padres, más profundo, vasto y elevado será el amor que reciba. Este es el tipo de hijos que debemos llegar a ser, si queremos heredarlo todo de nuestros padres. Cada hombre y mujer debe ir por este sendero. Incluso si

tenemos que enfrentarnos a la muerte cientos de veces, debemos continuar nuestra búsqueda del verdadero amor de Dios. Este es el sendero supremo de la vida.

Nuestra tierra original

El Principio Divino de la Iglesia de Unificación enseña que la caída ocurrió cuando los seres humanos abandonaron el reino del verdadero amor de Dios. La restauración significa volver a ese reino. Cuando una persona entra en el reino de ese amor, le basta con mirar a su cuerpo para admirarlo miles de veces. En ese mundo, comprendéis que incluso el cuerpo está recibiendo el verdadero amor de Dios. No hay palabras para expresar tal alegría. Este mundo maravilloso se llama el Reino de los Cielos.

Hasta ahora, sabíamos muy poco sobre el mundo espiritual. Es un mundo donde se reconoce a la gente en función de cuánto ha seguido el principio divino de la existencia: el principio de vivir por los demás. Un mundo construido sobre ese contenido es el Reino de los Cielos ideal.

Esa es la tierra natal original que toda la humanidad debe buscar. Hoy en día, vivimos como seres caídos que han sido expulsados de su tierra natal, por tanto nuestro destino es volver allí. Sin embargo, no podemos hacerlo por nuestra cuenta.

Dios ha trabajado a lo largo de la historia para resolver este problema, estableciendo numerosas religiones de acuerdo a las diferentes culturas, costumbres y tradiciones de las distintas naciones. Lo ha hecho para ofrecer a los seres humanos un sendero por el que volver. La religión es un campo de entrenamiento donde podemos poner a punto las cualificaciones que nos permitan volver a nuestra tierra natal. De acuerdo al ambiente cultural de cada región, Dios está guiándonos hacia un mundo religioso unificado que nos guíe a un nivel más elevado.

Hagamos que el nuevo milenio sea una era de verdadera paz y verdaderos ideales en el que los hombres puedan practicar el camino del verdadero amor. Tengo la esperanza de que recuperemos el valor de los verdaderos seres humanos originales centrados en Dios, establezcamos verdaderas familias y vivamos para los demás por la eternidad, centrados en Dios y los Verdaderos Padres.

Qué vuestras familias y vuestro país sean colmados con una abundancia de bendiciones y del amor de Dios.

Muchas gracias.